



declara: “Yo, sólo Yo soy el SEÑOR (Jehová); y fuera de mí no hay Salvador“ (Isaías 43:11). En vista de esta declaración si el Hijo de Dios no es Dios, entonces El no puede calificar como el Salvador. Debemos creer las palabras de quien dijo: “No hay más Dios que Yo, un Dios justo y salvador; no hay ninguno fuera de mí. Volveos a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque Yo soy Dios, y no hay ningún otro” (Isaías 45:21-22).

Nosotros no podemos entender la relación del Padre y el Hijo comparándola a la relación de un hombre con su hijo. Debemos considerar seriamente la pregunta de Dios: “¿A quién, pues, asemejaréis a Dios, o con qué semejanza le compararéis?” (Isaías 40:18). También su declaración: “Acordaos de las cosas anteriores ya pasadas, porque Yo soy Dios, y no hay otro; Yo soy Dios, y no hay ninguno como Yo” (Isaías 46:9). Si creemos estas palabras, entonces dejemos de tratar de entender la relación del Padre con el Hijo asemejándola con la relación de un padre con su hijo.

En el pasaje que declara que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo, la palabra para “enviar” en el griego original es apostello. Esta no es una palabra que normalmente se usa cuando alguien es enviado de un lugar a otro. Cuando apostello es usada para una persona, significa comisionarlo con autoridad total para hacer la tarea asignada. Cuando se usa la palabra Padre en referencia a Dios siempre significa la totalidad de la Deidad. Enfatiza la fuente y presenta al que origina, el que lo arregla, el que lo dispone. Cuando el Hijo de Dios se presentó en la tierra, El fue una proyección de la Deidad. El vino de parte de Dios y volvió a Dios (Juan 13:3). El era la imagen del Dios invisible. Necesitamos darnos cuenta de que Dios, en virtud de su naturaleza, es capaz de proyectarse a Sí mismo en cualquier forma, a cualquier lugar, para cualquier propósito y aun así permanecer omnipresente y centrado en todo el universo.

En cuanto a que Dios mismo se asemeja a un río y al mar, no debemos vacilar en asemejarlo a El, en cierto sentido, con el océano. Todos los océanos tienen entradas llamadas golfos o bahías. Si nos paramos en la orilla de uno de estos y nos preguntamos: ¿Qué es más grande, el océano o la bahía? Sólo hay una respuesta. Desde donde estamos parados el océano es más grande. Sin embargo, la bahía es una proyección del océano. Recoja agua de ella y estará recogiendo agua del océano, del cual la bahía es una parte inseparable. Llene la bahía con agua y las aguas retornarán al océano.

Esta ilustración ayuda a entender por qué Cristo Jesús declaró: “Mi Padre es mayor que Yo” (Juan 14:28). Cristo Jesús les llamó la atención a sus discípulos por su falta de amor porque no se habían regocijado cuando les dijo que iba a regresar al Padre, evento que significaría el fin del tiempo de su humillación y partir de su limitado y estrecho radio donde poner en práctica sus atributos. Por supuesto, la fuente es mayor que la corriente cuando ésta se encuentra limitada; por eso El declaró lo anterior.

Con frecuencia se ha dicho que si alguien se atreviera a decir “Yo soy más grande que Dios”, sería tan culpable de blasfemia como quien dijera: “Yo soy igual a Dios.” El tomar el lugar del hombre en un mundo hostil no fue una buena experiencia para quien asumió este lugar. En Juan 6:62, Jesús habló del Hijo del Hombre ascendiendo a donde estaba antes. Esto no sólo se refiere al lugar sino a la posición y gloria que anteriormente había sido suya. Cuando dijo que el Padre es mayor que El, se estaba refiriendo al estado en que se encontraba en esos momentos. No debemos cometer el error de tomar el lenguaje que pertenece al tiempo de su humillación y usarlo como un argumento en contra de su Deidad.

Génesis 1:1 dice: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.” Juan 1:1 dice que en el principio era el Verbo (Logos) y que el Logos es el Creador de todas las cosas (Juan 1:3). Dios es presentado como el Creador en Génesis 1:1, y es la Palabra en Juan 1:1-3. Luego se nos dice que el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). Este es Cristo Jesús. El ya era el Hijo de Dios antes de nacer en Belén, y El era rico antes de ser pobre en esta tierra (2 Corintios 8:9). Por eso, una vez más enfatizamos que “los días de su carne” no es una buena base para formarnos un concepto completo acerca de El. Lo “manso y humilde” de Jesús no representa la totalidad de la historia.

Cristo dijo: “Yo y mi Padre somos uno.” Se han hecho intentos para reducirle valor a esta declaración; algunos dicen que significa que ellos son uno en propósito, voluntad, y obra. Aunque tal cosa es correcta, no es eso de lo que aquí se trata; se refiere al poder del Padre y del Hijo de proteger las ovejas. “Nadie las arrebatará de mi mano – nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre”, fueron las palabras que precedieron a su declaración de que El y el Padre eran uno.

Cuando sus críticos oyeron que Cristo había dicho: “Yo y mi Padre somos uno”, de inmediato supieron a lo que El se refería. Por eso tomaron piedras para arrojárselas, y cuando les pidió la razón de ello le dijeron: “porque Tú siendo hombre te haces igual a Dios” (Juan 10:33). Ya antes Cristo había dicho que era igual a Dios (Juan 5:18); y también que era Dios (Juan 10:33). Esas fueron las acusaciones de ellos, pero al hacerlas en realidad declararon lo que ahora en nuestra fe en El. Cristo es igual a Dios porque El es Dios, igual al Padre en lo que se refiere a su Deidad, aunque por un corto tiempo fue inferior al Padre con respecto a su humanidad. Quienes tratan de hacer una completa separación y marcadas distinciones entre el Padre y el Hijo se equivocan en ambas, al tratar de hacerlo.

Nunca debería de hacerse distinción alguna en cuanto al honor que le damos al Padre y al Hijo, porque la voluntad de Dios es que todos honren al Hijo así como honramos al Padre (Juan 5:23). En nuestra búsqueda de conocimiento, no hacemos distinción entre el Padre y el Hijo, porque conocer a uno es conocer al otro. “Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre” (Juan 8: 19). No podemos hacer distinciones en sus ministerios, tampoco. Lo que uno hace lo hace el otro. El Padre obra y el Hijo responde en armonía. Es como dos engranes en acción, cuando se mueve uno se mueve el otro. El Hijo no podría hacer nada por Sí mismo. Lo que el Padre hizo, el Hijo también lo hizo. (Juan 5:19). En lo que se refiere a igualdad de sabiduría, no hacemos distinción. “De igual manera que el Padre me conoce y Yo conozco al Padre” (Juan 10:15). Como un objeto de creencia, no hacemos distinción entre el Padre y el Hijo. “El que cree en Mí, no cree en Mí, sino en El quien me envió” (Juan 12:44).

Como un objeto de comprensión, no hacemos ninguna distinción entre el que envía y el que es Enviado. “El que me ha visto a mí, ha visto al que me envió” (Juan 12:45). En lo referente a las palabras del Padre y del Hijo, no hacemos ninguna distinción, porque el Hijo declara que el Padre le dio instrucciones acerca de lo que debía decir y hablar (Juan 12:49,50). Como objeto de nuestra fe, no hacemos ninguna distinción entre el Padre y el Hijo, porque el Hijo dijo: “Creed en Dios, creed también en Mí” (Juan 14:1). Como objeto de odio, no podemos hacer ninguna distinción porque El declaró: “El que me odia a Mí odia a mi Padre también” (Juan 15:23).

En lo referente a posesiones, no hacemos ninguna distinción. El Padre no posee nada que el Hijo no posea. Cristo Jesús dijo: “Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que El toma de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:15). Acerca de la fuente de vida eterna, no hacemos ninguna distinción entre el Padre y el Hijo. Cristo Jesús da vida eterna a todos los que el Padre le da a El. Consideren Juan 17:2 y Romanos 6:23. La dádiva de Dios es la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor.

Estas son cosas que hemos aprendido por medio de un constante estudio de la Palabra de Dios. Por lo tanto, no debe ser ninguna sorpresa para nadie que nosotros estamos muy deseosos, como el apóstol Tomás, de caer a los pies del Señor Jesús y decirle: “Mi Señor y mi Dios (Juan 20:28).

Si aún quedan problemas, recuerden que el Señor Jesús dijo: “nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lucas 10:22). Si alguien insiste en que no creerá nada hasta que entienda todo, acabará tal y como está ahora mismo – no creyendo nada. Nosotros declaramos junto con el discípulo del pasado: “Señor, yo creo, ayuda a mi incredulidad” (Marcos 9:24).

*Los folletos con estudios bíblicos de la SEMILLA y PAN se publican según el tiempo y los medios lo permitan y se envían gratuitamente a todos los nombres de la lista de correo DEL MINISTERIO LA PALABRA DE VERDAD. Envíenos su nombre. No habrá ninguna obligación, ni solicitud, o visita.*

ARTICULO No. 3 Reimpreso Nov. 16, 2002